

Al siguiente día, en el que se celebraba la fiesta de Pascua, oyó el rey la misa del pontífice, recibiendo la comunión de sus manos. Un historiador, que nos dá cuenta de estos sucesos, dice, que al día siguiente lunes, celebró el papa á presencia del rey en San Pedro, y el mártres en San Pablo; y al siguiente día en una conferencia particular que tuvieron pontífice y rey, este no solamente confirmó la donación hecha por su padre Pipino, sino que á mas la aumentó comprendiendo en ella desde la ribera de Génova, el puerto de Spezia, la isla de Córcega, las ciudades de Bardi, Regio y Mantua, las provincias de Venecia y de Istria, además de la ciudad de Rávena y los ducados de Spoleto y Benevento. Firmó el rey de su puño el acta, y colocándola sobre el altar de San Pedro ofreció solemnemente observarla siempre, lo que hicieron tambien todos los prelados y señores que le acompañaban. El papa Adriano le hizo un regalo muy del agrado de un príncipe tan amigo de las letras, cual fué el código de los cánones de que se servia la iglesia romana, que contenia los decretos de los concilios que Dionisio el Exiguo habia recogido en el siglo VI con la edicion de las decretales de los papas Hilario, Simplicio, Félix, Simmaco, Hormisdas y Gregorio II.

Luego que el rey Carlos hubo visitado los templos de Roma y los mas célebres monasterios de sus inmediaciones volvió al sitio de Pavia, donde el rey Didier con su familia se vió en la precision de entregarse. Llevóle prisionero á Francia, y Didier, que mudó su carácter á vista de la inconsecuencia de la fortuna, se retiró á un monasterio, para dedicarse exclusivamente al negocio de la salvación de su alma. Así cayó con prontitud el reino de la Lombardia dos siglos despues de fundacion, y el príncipe francés recibió sobre su cabeza la corona de hierro que Teodelsinda de Baviera, antigua reina de los lombardos, mandó fabricar para coronar á su esposo el rey Agilulfo, y con ella se coronaron despues los emperadores.

Algunos cronologistas y entre ellos Alberico de Trois-fontaines, el cual cita el testimonio del monge Elisando su hermano, hablan de un concilio celebrado en Roma en 774, en el cual el papa Adriano I concedió á Carlo-Magno el derecho de elegir el pontífice romano y dar la investidura á todos los obispos. Lo pro-

pio se halla en la primera edicion de Sigeberto; pero ha sido suprimido como una pieza falsa en la nueva edicion hecha por Alberto Le Mire, segun los mas antiguos manuscritos. Podemos creer con Baronio que este concilio es una fábula, ya que á mas del silencio que guardan acerca del citado privilegio, el diácono Floro y Lupo, abad de Ferrières, al tratar de la intervencion de los príncipes en la eleccion de los obispos, se conservan dos cartas del mismo papa Adriano, dirigidas á Carlo-Magno, posteriores al pretendido concilio, en las que sostiene como una verdad constante que la intervencion de los príncipes no es necesaria en las elecciones eclesiásticas.

A pesar del triunfo obtenido por Carlo-Magno sobre los lombardos, el nombre de estos no se extinguió con sus príncipes, y no solo quedó en el pais que habia poseido á las cercanias del Pó, sino que los duques de Benevento dieron este mismo nombre á las tierras de su dominacion. En esta revolucion, dice un escritor, los emperadores griegos perdieron enteramente la esperanza que hasta entonces conservaran de recobrar el exarcado, y el dominio sobre las cinco ciudades. El papa Adriano, en 781, fué padrino del hijo de Carlo-Magno á quien se llamó Pipino en recuerdo de su abuelo, ungiéndole y reconociéndole rey de Italia, consagrando luego rey de Aquitania á Luis, otro hijo de Carlo-Magno. Dispuso el mismo Adriano que los pontífices rogasen por los reyes de Francia en la misa que se celebraba á principios de cuaresma, costumbre que despues se ha seguido respectivamente en todos los reinos católicos.

Mientras tanto Carlo Magno ofrecia al mundo tan brillantes ejemplos de piedad cristiana, como hemos visto, Constantino Coprónimo, seguia siendo el escándalo del Oriente. Sus crueldades para con los ortodoxos produjeron multitud de ilustres mártires. Los ministros propusieron lisonjear á los santos monges y religiosos que aun habian quedado, ofreciéndoles placeres impuros contrarios á la santidad de su estado. El gobernador de la Anatolia sacó muchos religiosos de las soledades de la Tracia y juntándolos sin distincion de sexo y sacándoles á una llanura les dijo á grandes voces: «Todos los que quieran obedecer al emperador tomen cada uno una mujer y al que así no lo haga se le sacarán los ojos.

Tan cruel é inhumana sentencia se ejecutó en el momento con el mayor rigor; ninguno de los religiosos accedió á aquel mandato, y no solamente todos perdieron la vista, sino que muchos de ellos murieron á fuerza de azotes ó al filo de la espada, llevándose á cabo otros tormentos semejantes á los que pusieron en juego los emperadores paganos en las grandes persecuciones de los tres primeros siglos del cristianismo.

No se hizo esperar por mucho tiempo el justo castigo de tantas iniquidades. En los días que el emperador hacia la guerra á los búlgaros sintió repentinamente que se devoraban sus piernas por úlceras y carbúncos, que le producian dolores tan agudos que casi le quitaban la razon. Por este motivo le llevaron á una embarcacion para trasladarle á Constantinopla, pero murió antes de llegar á dicha ciudad en 14 de setiembre de 775, diciendo á voces que se abrasaba vivo, y que sentia ya las llamas infernales por los ultrajes que sin temor alguno habia hecho á la Madre de Dios. Leon IV, su hijo llamado por sobre nombre Cházaro le sucedió. Al principio se manifestó piadoso y aun afecto al estado religioso, aunque bien pronto y sin que le sirviera de escarmiento la funesta y desastrosa muerte de su padre, se declaró enemigo de la Iglesia; pero á los cinco años de reinado pereció de una muerte aun mas desastrosa que la de aquel.

Poseía la Iglesia de Constantinopla, una corona de oro guarnecida de diamantes que era un regalo del emperador Heraclio. Leon IV impulsado por su codicia robó esta alhaja para su uso, mas á la primera vez que la colocó sobre su cabeza, esta se cubrió toda de pestíferas pústulas y carbúncos que le hicieron sucumbir en tres dias, siendo entonces el año 780.

Nadie ha podido penetrar jamás los secretos de Dios en orden á la predestinacion de las criaturas y nadie ha sido capaz de leer en aquel libro de oro, donde estan escritos los nombres de los escogidos. Jacob y Esaú hermanos de un vientre y tan diversamente destinado, el uno objeto de amor y el otro de odio, es un ejemplo que confunde la sabiduria humana. A este modo no podemos menos de admirarnos al ver que de la sangre corrompida de Coprónimo y de Cházaro, pudiese salir un modelo de piedad, de pureza y de valor. Estas virtudes resplandecieron de un modo particular

y extraordinario en Santa Antusa, hermana de Cházaro é hija de Coprónimo, la cual jamás tomó parte en la persecucion que aquellos declararon á la Iglesia, y antes fué por el contrario la confusion de ellos. En vano su padre se propuso hacerla tomar esposo, partido á que ella se resistió constantemente, declarando con el mayor valor que jamás tendria otro esposo que Jesucristo. Así fué, apenas tuvo lugar la muerte de aquel príncipe, repartió todos sus bienes entre los pobres y la iglesia, se despojó de sus galas y adornos para enriquecer los altares, reedificando algunos monasterios y consagrándose á Dios para siempre en el de Santa Eufemia. Impulsada por su espíritu de caridad y amor á sus semejantes se dedicaba á enseñar por si misma á los jóvenes, reparando en cuanto le era posible los grandes males causados por la impiedad de su padre, y muriendo santamente en la pobreza voluntaria á que se habia reducido por su amor á Jesucristo.

Por muerte de Leon IV, quedó señora absoluta del imperio con el título de regente la emperatriz Irene, á causa de que su hijo Constantino V tenia solamente nueve años de edad. Por mas que esta princesa tuviese algunos vicios, nunca fué adicta á la herejia defendida con tan tenaz empeño por su suegro y por su esposo: sin embargo, se vió obligada á disimular sus ideas católicas hasta la muerte del último, mas luego que se vió señora del imperio se declaró protectora de los católicos, y revestida con el manto é insignias imperiales restituyó á la Iglesia de Constantinopla la corona que le habia quitado el emperador, llevando á cabo este acto de piedad y de justicia, con tanta mayor solemnidad, cuanto grande fué el escándalo de aquel al arrebatarla. Dió libertad á todos los fieles que se hallaban en las cárceles por venerar las santas imágenes y llamó á los monjes para que ocupasen sus antiguos monasterios, de los que habian sido arrojados, para cuyo efecto reedificó los que habian sido arruinados. En 1.º de Agosto de 786 se dió principio á un concilio en Constantinopla, pero fué disuelto por las violencias de los iconoclastas, no obstante de ser los católicos protegidos, como acabamos de decir, por Irene, regente del imperio y madre del emperador Constantino V.

Entre tanto Carlo Magno atendia con la mayor solicitud á las iglesias de Oriente haciendo celebrar diferentes juntas eclesiásticas

y nacionales en las que se dieron sabias y útiles disposiciones, muchas de ellas dirigidas al restablecimiento de la disciplina, en las cuales el religioso monarca recuerda á los ministros del santuario, la pureza de los antiguos cánones, refiriéndoles pasajes sacados del código de la Iglesia romana, que, como hemos dicho anteriormente, le regaló el papa Adriano despues de su solemne juramento en la confesion de San Pedro. Entre las disposiciones referentes al comun de los fieles, se encuentra la imposicion de penas á los que por negligencia dejen de hacer bautizar los hijos dentro del año de su nacimiento, ordenando al mismo tiempo pagar á la iglesia el diezmo de todos los bienes. Deseoso de que se atendiese á la instruccion de la juventud objeto que debe ser preferente para todo gobierno verdaderamente paternal y recto, dispuso que en las catedrales y en los monasterios se estableciesen escuelas donde se enseñase á los niños, y se les dirigiese por las sendas de la religion, y por el amor á la justicia. Tambien dispuso que se les enseñasen los salmos y canto romano, la aritmética y la gramática, como asimismo el arte de escribir en notas, con otros mandatos no menos importantes.

En atencion á que nuestros templos debian al menos ser tan respetados como lo fueron los de los ídolos, ordenó tambien el piadoso Carlo Magno, que fuesen asilos inviolables para los infelices que en ellos se refugiasen. Mas como quiera que la impunidad hubiera podido alentar los crímenes, tan solamente quiso que los refugiados se eximiesen de la pena de muerte y la de mutilacion, pero no de las demas. Prohibió con pena de muerte quemar ó saquear los templos, y matar á un obispo, sacerdote ó diácono, sin que los culpables pudiesen comprar la vida con dinero. Y en suma dictó otras muchas disposiciones que revelan su respeto á la religion, entre ellas la prohibicion de comer carne en la Cuaresma con desprecio de las leyes eclesiásticas. Tales son, presentados en compendio, las capitulares de Carlo Magno, dignas de ser conocidas y estudiadas. Con ellas trató de acostumar á pueblos tan inconstantes como los sajones, por medio del rigor, á la sumision á las leyes, y al yugo de Jesucristo.

El pontificado de Adriano I fué verdaderamente glorioso. Los muchos años que ocupó la cathedra de San Pedro, fueron emplea-

dos dignamente en defender los derechos de la Iglesia, en combatir á sus contrarios y en extender la fé católica. Su fallecimiento ocurrió en 25 de Setiembre de 795, despues de un pontificado de veinte y tres años, diez meses, y diez y siete dias, siendo el de mas duracion que el de todos sus predecesores desde el inmediato sucesor de San Pedro.

La muerte de este pontífice, causó un pesar profundo á Carlo Magno de lo que dió marcadas pruebas. Su caracter dulce, su espíritu de caridad, lo dispuesto que siempre se hallaba á perdonar y su profunda humildad á pesar de la suprema dignidad de que se hallaba revestido, hicieron que no solamente los romanos sino cuantos habian tenido ocasion de tratarle le profesasen un amor extraordinario. Carlo Magno dió en tiempo de este papa á la Santa Sede el dominio del ducado de Benevento, que se halla enclavado en el reino de Napoles, y que fué perdido por la Iglesia en una de las primeras usurpaciones.

Tres veces fué Carlo-Magno á Roma durante el pontificado de Adriano I: la primera en 773, cuando el sitio de Pavia, con objeto de celebrar la Pascua: la segunda en 781 con su esposa y sus hijos Pipino y Luis; y la tercera en 787, para reprimir al duque de Benevento que se habia sublevado contra la Santa Sede.

Entre las grandes virtudes de Adriano I resplandeció la caridad de un modo extraordinario, pues aumentó considerablemente en todas partes las rentas de los pobres. Trabajó mucho en el adorno y magnificencia de los templos, y solo en el del Vaticano gastó la suma de dos mil quinientas ochenta libras de oro, y nuevecientas de plata. En el adorno de San Pablo extramuros de Roma, empleó otra suma casi igual, gastando otras inmensas riquezas en las demás basílicas é iglesias. No fueron solamente las iglesias las que alcanzaron el fruto de su magnificencia, pues es sabido que consagró mil y cien libras de oro á la obra del restablecimiento de las murallas de la ciudad.

El cadáver de este ilustre pontífice fué enterrado en el Vaticano. En su sepulcro, dice Artaud de Montor, se grabaron diez y nueve dísticos, inscripcion compuesta, segun fama, por Carlo-Magno que lloró amargamente su muerte, pues siempre le habia considerado como su padre. Dicha inscripcion se lee en Pagi y en

otros escritores y de ella el referido Artaud de Montor, reproduce los siguientes cuatro versos, diciendo que se cree es Carlo-Magno el que habla.

*Domina jungo simul tituli, clarissima nostra;
Hadeianos, Carolus, rex ego, atque pater.
Quisque legas versus, devoto pectore suplex
Amborum mitis, dic, miserere Deus.*

«Por muerte de Adriano I no hubo vacante en la Santa Sede, pues al día siguiente de su fallecimiento, es decir, el 26 de diciembre de 795 fué elegido por unanimidad San Leon III, desde cuyo pontificado fueron ya acentuándose mas y mas en Oriente los síntomas que habian de producir el gran cisma de Focio, contado así por nuestro erudito Amat:

XXI.

«Era Focio de familia noble y muy opulenta, aplicadísimo al estudio, y de talento muy extraordinario. Formó una biblioteca muy selecta y copiosa, y llegó á ser el mejor sabio de aquel siglo é inmediatos. Fué primer escudero y primer secretario del emperador; y aunque seglar se habia dedicado mucho á las ciencias eclesiásticas, y aceptó con gran gusto la silla patriarcal. Su eleccion fué muy irregular; ya por ser obra de sola la corte; ya principalmente por no estar vacante la silla, habiendo sido echado San Ignacio en fuerza de una sentencia de deposicion notoriamente nula. Los obispos no querian consagrar á Focio; pero luego cedieron á los diestros manejos del electo, al poder de sus protectores y á las atolondradas instancias de Gregorio, obispo siracusano que habia sido depuesto por San Ignacio en un concilio de 854. Focio, que era fácil en prometer, y fecundo en pretextos para no cumplir, á instancias de algunos obispos firmó antes de consagrarse una declaracion de que reconoceria á Ignacio por patriarca legítimo, y le veneraria como padre, y obraria como coadjutor suyo, sin dar jamás oídos á acusacion alguna contra el Santo. En seis días pasó de lego á obispo. El primero recibió el hábito de monje, el segundo fué ordenado lector, el tercero subdiácono, el cuarto diáco-

